

que anhelan ó al desgraciado que huyen. Ellos son aquel mar agitado que no puede estar en calma, del capítulo LVII de Isaías (1). ¿No es tan desoladora esta duda del disidente como dichosa aquella seguridad del católico? Rousseau á vista de esto confiesa «que todo hombre consiguiente y verídico «debe ser católico ó deísta (2).» Su deísmo, sin embargo, tiene muy poco de consolador.

¡Cuántos males trae al hombre la incredulidad! La fe es el sosiego del espíritu humano, porque este descansa en su indefectible verdad y autoridad, repeliendo todas sus dudas: es el benéfico licor que dulcifica sus trabajos, es el consuelo de sus aficciones, es su felicidad y su dicha en esta vida (3). ¡Pero la duda! ¿Quién podrá describir en todas sus horribles formas el tormento del escepticismo religioso? ¡Ah! con solo atender á que en Inglaterra, v. g., hay mas de cien religiones diferentes, y por consiguiente mas de cien fees, ó ninguna fe mejor dicho, es muy conocida de nosotros la causa de esa tendencia al suicidio que Montesquieu advierte en los ingleses, y de la cual no adivinando la razon hizo injustamente responsable de ello al clima (4). Permítansenos que transcribamos algunas palabras mas autorizadas que las nuestras acerca de las alegrías de la fe y los tormentos de la duda y de la incredulidad.

«¿Quién puede, pregunta el P. Ventura de Ráulica (5), quién «puede no digo pintar ó describir con palabras, sino comprender el estado de paz, de quietud y de secreta alegría «con que el alma se abandona á contemplar las bellezas de «la verdadera fe? Este es un gran prodigio y un misterio «sublime de la fe que muchos católicos apenas lo comprenden, y que los herejes y los incrédulos no lo comprenden «en manera alguna. Así como los hombres carnales y perdidos en las delicias de los sentidos, y dedicados tan solo á «satisfacer el vientre que han erigido en divinidad (6), no «comprenden cómo puede ser feliz un corazón que sujeta

(1) «Impii autem quasi mare fervens quod quiescere non potest, et redundant fluctus ejus in conculcationem et lutum.»

(2) Citado por Bergier, *Deísmo refutado*, tomo 1.

(3) «Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.» (*Matth.* xi, 28).

(4) *Espíritu de las leyes*, lib. XIV, cap. 12.

(5) *Bellezas de la fe*, tomo 2, pág. 404, 405.

(6) «Quorum Deus venter est.» (*Philíp.* III).

«todas sus inclinaciones á la abnegacion evangélica, de la «misma manera los herejes y los incrédulos totalmente ocupados en raciocinar y discutir, y que se han formado un «ídolo de su razon, tampoco comprenden cómo pueda estar «tranquila y ser feliz un alma que ha renunciado sus propias luces y su propio juicio para cautivarlo en obsequio de «la verdadera fe. Pero que este misterio profundo de la gracia y de la fe se comprenda ó no, poco importa: el hecho «es que entre los verdaderos católicos es cierto y visible. «Porque ellos saben y ven que así como las almas puras léjos de ser infelices porque se privan de los goces de los «sentidos, esos goces por el contrario las causan horror, y «el sacrificio mismo de sus carnes las consuela y el encanto «de la pureza forma parte de su felicidad, así tambien las «almas verdaderamente fieles léjos de sufrir porque se privan de todo raciocinio y de toda indagacion (*), que se «oponga á la fe, este mismo sacrificio de su entendimiento «y de su juicio las satisface y las tranquiliza, y tranquilizándolas las hace felices.»

«Así como no hay calma para el corazón, dice mas adelante el P. Ventura de Ráulica (1), sino en la participacion «de la suma bondad por medio de la caridad divina, tampoco hay tranquilidad para la inteligencia sino en la participacion de la suma verdad por medio de la fe divina.» Y á la página 531: «Lo mismo que el vicio lleva el desorden al «corazón, así el error y la duda lo llevan al alma y la hacen «sumamente infeliz, porque toda inteligencia lo mismo que «todo corazón en desorden, dice san Agustín, es la pena y «el verdugo de sí mismo (2). Con la diferencia de que los remordimientos del alma son mucho mas agudos que los del «corazón. Las agitaciones de la razon son mucho mas crueles que las de la conciencia, y si es insoportable la pena «interior del que no ama á Dios, mas insoportable es la de «aquél que no lo conoce ni lo cree como él quiere ser conocido y creído; y si está escrito que no hay paz para aquel «que le resiste (3), siendo así que resiste mas á Dios el que

(*) Téngase presente que el ejercicio de la razon no les está por otra parte prohibido, como hemos visto en san Agustín.

(1) *Bellezas de la fe*, tomo 2, pág. 526.

(2) «Pœna sua sibi est omnis animus inordinatus.»

(3) «Quis resistit ei et pacem habuit?» (*Job*, ix).

«opone su juicio á la palabra de Dios y rechaza su fe, que
«el que opone su pasion á la voluntad de Dios y quebranta
«su ley, y como una rebelion mas culpable debe esperar ma-
«yor castigo, es claro que si no hay paz para el pecador, mu-
«cho menos la habrá para el hereje, para el incrédulo y para
«el impío (1). Pasan una vida triste y desgraciada sin haber
«gustado de las delicias de la paz, y tiemblan donde no hay
«motivo alguno de pavor (2).»

«¡Oh! exclama el experto é iluminado Mr. Carlos Sainte
«Foix (3), ¡oh! cuán triste es para el corazon del hombre ha-
«bitar con las angustias de la duda y con los dolores de la
«incertidumbre! Mas le valiera vivir bajo el látigo del cómi-
«tre y arrastrar la pesada cadena del presidario, porque no
«hay para él compañía mas cansada que la de la duda. Nada
«martiriza y rinde tanto al corazon como aquellas pregun-
«tas sin respuesta, aquellas cuestiones sin solucion, aque-
«llos esfuerzos sin resultado, aquellos inútiles arranques há-
«cia la verdad, despues de los cuales siempre se halla en el
«punto mismo de donde arrancó, condenado como por una
«especie de fatalidad á agitarse sin cesar y á caer perpétua-
«mente sobre sí mismo.»

«Dudar si el amigo en quien ha depositado todos sus se-
«cretos y todo su cariño, no habrá vendido su confianza;
«dudar si la mujer á quien ha enlazado su vida, ha dado á
«otro su corazon, es ya para el hombre un suplicio atroz.
«¡Qué no deberá ser, ó Dios mio, cuando duda de Vos y de sí
«mismo! Dudar si somos de Dios y si Dios es nuestro; si es-
«tamos en lo cierto ó en lo falso, ó lo vacío; si el cimientó
«sobre el cual hemos alzado con gran trabajo el edificio de
«nuestros pensamientos y de nuestras esperanzas es sólido
«y firme; sentir á cada instante titubear la base sobre la cual
«estriba nuestra vida; buscarse sin poder nunca hallarse;
«volar hácia Vos, Dios mio, sin poder alcanzaros; no saber
«qué somos, ni de dónde venimos, ni á dónde vamos; igno-
«rar igualmente nuestro principio y nuestro fin; estar cara
«á cara con todas las cuestiones mas importantes, en el mis-
«mo estado y en la misma posicion que un niño, ó mas bien,
«saber menos cosas, y estar menos seguros de nuestro porve-

(1) «Non est pax impiis.» (Isai. XLVIII, LVII).

(2) «Illic trepidaverunt timore ubi non erat timor.» (Psalm. XIII).

(3) *Horas serias de un jóven*, pág. 78 y 79.

«nir que un niño á quien su Catecismo enseña á lo menos lo
«que mas le importa al hombre saber; revolvernos y agi-
«tarnos en la vanidad de nuestros pensamientos, sin poder
«nunca llenar su vacío; estar continuamente humillados por
«el convencimiento de nuestra impotencia, y vernos redu-
«cidos á envidiar la suerte de aquellos hombres sencillos y
«dóciles á quienes la fe ha dado mas sabiduría verdadera que
«la que pueden dar todas las investigaciones y todos los es-
«fuerzos del entendimiento, ¿no es esto construirnos un in-
«fierno en nuestro propio corazon? Y aun en el infierno á lo
«menos no se duda: los demonios tiemblan pero creen, el
«que duda tiembla y no cree (1).»

«No hay, dice mas adelante (2), manantial de alegría mas
«rico que la fe, porque establece al alma en ese sosiego y esa
«seguridad que son las dos primeras condiciones de la feli-
«cidad: por el contrario, no hay principio mas fecundo de
«tristeza que la duda ó la incredulidad. Porque, en efecto,
«¿cómo ha de poder reposar el corazon en la alegría cuando
«está condenado á una perpétua fluctuacion y á incesantes
«perplejidades?»

«La duda es el origen de esa profunda tristeza que tiene
«abatidas y consternadas tantas inteligencias, que debilita
«y enerva las voluntades, que aja y deseca los corazones, y
«que apenas deja cabida en el alma para esas breves y lige-
«ras alegrías que no hacen mas que cruzar por ella rápida-
«mente, como si temiesen fijarse allí. Desde el momento en
«que la fe es ahuyentada del corazon, se lleva consigo to-
«das las esperanzas que aun podrian regocijarle y consolar-
«le, y no dejan en él mas que los tormentos de la duda y las
«angustias de la incertidumbre (*).»

Tan naturales é inseparables son estos tormentos del es-
tado de escepticismo, que Pascal dice que si viese á un hom-
bre que en semejante estado estuviese tranquilo y satisfecho
sin procurar salir de él, le faltarian palabras para calificar
tan extravagante criatura, en la cual creeria ver un móns-
truo (3).

(1) *Horas serias de un jóven*, pág. 213 y 214.

(2) *Ibid.* pág. 215-218.

(*) En otra parte hace notar que la falta de fe ó la incredulidad ha enervado los lazos sociales introduciendo el interés y el egoísmo.

(3) *Pensamientos*.

¿Qué nos dicen los mismos escépticos, cuyo testimonio es, á no dudar, tan fundado como sospechoso? Uno confiesa «que la duda en materia de religion es un estado mas cruel que el morir en la calle (1).» Y otro «que los ateos decididos son dignos de compasion, porque acabó para ellos todo consuelo (2).»

«¡Oh! exclama el P. Ravnian (3) dirigiéndose á los incrédulos, vosotros no habeis comprendido la dignidad de la fe, vosotros que pretendéis que ella quiere esclavizar, ahogar y extinguir la razon. Tal vez no creéis vosotros los que me escuchais en este momento; tal vez en una de vuestras horas mas alegres hayais tenido lástima de los que creen. Pero tened cuidado; nosotros no aceptamos vuestra compasion ni vuestra lástima. Creyentes, y creyentes sinceros, tenemos la razon como vosotros, y con ella avanzamos, y tal vez mas que vosotros vamos nosotros hasta sus límites: nosotros admitimos todo lo que ella admite, todo lo que admitís vosotros, y mas todavía, permítasenos decirlo. Mas allá de donde la teneis vosotros pasamos nosotros: allá donde vosotros os agotais en vano, poseemos nosotros, pacíficos vencedores: allá donde vosotros vacilais, estamos firmes nosotros; donde dudais, creemos; donde desmayais inciertos y desgraciados, triunfamos y reinamos nosotros felices. Tal es la fe, y hé aquí cómo ella ensalza la dignidad del hombre por los misterios divinos que revela. Verdad es que la fe nos somete á una autoridad, á la autoridad de la palabra divina que se dignó un dia mostrarse á la razon del hombre, porque la razon, en virtud de los dones del Señor, tenia el derecho de pedir esta demostracion y esta prueba. Un dia sobre la bendita tierra de la Judea, por los milagros y las lecciones del Hombre-Dios, se cumplió esta manifestacion de la autoridad divina. La razon la oyó, la concibió, la reconoció, y se estableció la fe; fe eminentemente razonable, pues que, como lo enseñamos y repetimos sin cesar, la razon para creer, no puede, no debe someterse sino á una autoridad razonablemente aceptable y cierta...

«Es necesario arriesgarse á pronunciar que la autoridad

(1) *Dialog. sur l'Ame.*

(2) *Pensamientos filosóficos* citados por Bergier.

(3) *Conferencias.*

«católica es el *palladium* verdadero, el custodio conservador hasta de la libertad de pensar, porque evita la locura, lo que es hacer al hombre un gran servicio. La razon misma, pues, acepta la autoridad católica, la acepta y la abraza estrechamente porque la ve aceptable y cierta... La Iglesia sola aparece en el mundo llenando las condiciones de esta autoridad necesaria. Antigua, pura, santa, ceñida su frente con la gloria de los Mártires y del genio, ha continuado hasta nuestros dias con calma y majestad su marcha en medio de las oscilaciones y borrascas. Tiene desarrolladas en su mano las tradiciones sagradas del Evangelio y de la historia, que han marcado con el sello de la institucion divina su origen y su duracion. La Iglesia habla á los ojos, á la conciencia, al buen sentido, al corazon, á la experiencia, habla el lenguaje de los hechos y el de las verdades definidas, que hallan siempre en las almas sinceras, con el auxilio divino, un asentimiento generoso y apacible. La razon sostenida por la gracia ata entonces con seguridad á la columna de la autoridad los primeros anillos de la cadena, sus mas íntimas convicciones se unen en el mismo Dios á la fe enseñada: el hombre instruido de ello habita entonces una gran luz, léjos de duda, léjos de las indagaciones y de las ansiedades penosas... Así es como á la sombra de la autoridad y de la doctrina católica avanza la sociedad en los caminos regulares de la ciencia y de la civilizacion, de la fueza y de la verdadera prosperidad.»

«No se encontrarán, dice san Agustin (1), mayores riquezas, tesoros, honores, nada en fin que sea mayor en este mundo que la fe católica.» Y Montesquieu, que se resintió á veces del espíritu de hostilidad de su siglo contra el Cristianismo, confesó en el lecho de muerte «que la fe es el don mas precioso que Dios ha podido hacer á los hombres.»

Á vista de todo lo anterior, que tan cumplidamente nos acredita la funesta influencia de la incredulidad y del escepticismo, ¿tendrá valor la regla de fe protestante, que no es otra cosa que la negacion de la fe, la incredulidad de la palabra divina, incredulidad peor, mas grave, y mas injuriosa á Dios, que la incredulidad absoluta; tendrá valor, repetimos, para presentarse ante la regla de fe católica donde quiera que haya un desgraciado? Y ¿qué diremos del horro-

(1) *Sermo IV de verbis Apost.*

roso infierno que enciende en el corazón de sus infelices prosélitos esa regla de fe absolutamente impotente para producir otra cosa que terror, congoja y ansiedad? Á ellos no menos que al impío y al incrédulo son aplicables aquellas palabras de Isaías: «Y mirará hácia la tierra, y hé aquí tribulación y tinieblas, desfallecimiento y angustia y oscuridad perseguidora, y no podrá escapar de su apuro (1).»

«Atendidas las diversas reglas de fe, dice el P. Perrone (2), «en el sistema católico todo contribuye á la paz y al sosiego, «al paso que en el sistema protestante todo aumenta la turbación y la inquietud.» Y antes (3): «La regla de fe del Protestantismo no es apta para dejar satisfechos la mente y el «corazón del hombre, antes bien llena á este de desolación, «y deja á la primera sumergida en el profundo abismo de la «incertidumbre y de la duda (*).»

No es, pues, extraño que el claro talento de Antonio de Fussal, después de haber examinado con escrupulosa exactitud todas las sectas filosóficas de su siglo, confiese «no haber encontrado otra cosa mejor que creer en Jesucristo (4).»

Si á pesar de los inmensos consuelos y alegrías que reporta la fe al culpable y al desgraciado; si á pesar de la altura y dignidad á que eleva al hombre, trasladándole del yugo del hombre al de Dios; si á pesar de las otras ventajas morales y sociales que hemos apuntado y veremos aun provenir de este precioso dogma; si á pesar de todo, repetimos, insisten los incrédulos en que la fe esclaviza al pensamiento, exclamarémos con Balmes: «¡Dichosa esclavitud (5)!!!»

(1) «Et ad terram intuebitur, et ecce tribulatio et tenebræ, dissolutio et angustia et caligo persequens, et non poterit avolare de angustia sua.» (Cap. VIII, v. 22).

(2) *El Protestantismo y la regla de fe*, tomo 2, pág. 366.

(3) *Ibid.* pág. 32.

(*) El que quiera enterarse á fondo en la materia lea, entre otras obras, la titulada: *Del Protestantismo y la regla de fe*, del P. Perrone, de cuyas obras omitimos transcribir otros muchos excelentes períodos por no multiplicar las citas ni las notas.

(4) «Discussi fateor sectas Antonius omnes,
«Plurima quæsi, per singula quæque cucurri,
«Sed nihil inveni melius quam credere Christo.»

(*Antonii carmen adversus Gentes*).

Se disputa si este Antonio era ó no el de Fussala, de que hace mención san Agustín (*Ep. CCIX*), el cual fue el primer obispo de aquel territorio.

(5) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización de Europa*, cap. 69.

§ II.—¿Por qué es tan grata á Dios la fe?

Á cada paso tropezamos en el Evangelio, ora con un elogio de esta virtud, ora con una exhortación á ella, ora con una amenaza terrible al que la desprecie, ora con la oferta de un premio grandioso al que la profese, ora con un ejemplo de su fuerza irresistible, ó ya, finalmente, con un suceso portentoso obrado por su mediación: una virtud tan recomendada por el Evangelio no puede menos de ser gratísima á su divino Autor. Así es. Y ¿se quiere saber por qué? Porque el que sinceramente cree en la palabra de Dios, confiesa á Dios y confiesa los atributos de Dios; y por el contrario, niega á Dios y sus divinos atributos el que no cree en su palabra, erigiéndose así como en censor y juez de Dios mismo, y por eso llamaba muy oportunamente Tertuliano á los herejes, *censores divinitatis* (1).

Con efecto; el que no cree la palabra de Dios, le niega en el mismo hecho el atributo de la infalibilidad, dado que la resistencia á creer proviene de la posibilidad de errar que se concibe en el sujeto que habla. Ahora bien: como desde la primera letra hasta la última del Evangelio, que es la palabra de Dios, todas han sido proferidas y promulgadas para nuestro bien; el que no cree en ellas, en el mismo hecho de no creerlas, le niega el atributo de la bondad: como el objeto de estas sus mismas palabras es el extraernos de las tinieblas á la luz, de la infelicidad á la dicha; como en cada una de ellas nos dejó un eficaz y suavísimo bálsamo para curar nuestras llagas y calmar nuestros dolores, el que no cree en ellas, en el mismo hecho le negó el atributo de la misericordia. Como su palabra divina es una incesante apología de lo recto y de lo justo, una constante exhortación y llamamiento á esta rectitud y á esta justicia, y la reprobación y anatema de todo lo inicuo y de todo lo injusto, el que no cree en ella, en el mismo hecho le negó el atributo de la justicia. Como su palabra nos dice que de la nada hace algo y que á él todo le es posible (2), el que no cree en ella, le niega el atributo de la omnipotencia. En el hecho de negarle el atributo de la infalibilidad, también le niega

(1) *Ibid.* II contra Marcionem, cap. 2.

(2) «Pater, omnia tibi possibilia sunt.» (*Marc. XIV, 36*).

el de la perfectibilidad, porque si es falible no puede ser sumamente perfecto; le niega el atributo de la sabiduría, porque el falible no puede ser absolutamente sábio, etc.

Hay además otra razón porque es tan grata á Dios la fe, y es, la de que ella presupone en el creyente un espíritu humilde, indica que hay en él humildad, virtud inseparable de la fe, y la humildad es despues de las teologales una de las virtudes mas hermosas y dignas del hombre; y por lo tanto muy acepta á los ojos divinos. Por el contrario, la incredulidad presupone en el incrédulo el orgullo y la soberbia, vicios inseparables de la impiedad, ó mejor dicho, foco y gérmen de la misma, y los mas degradantes, envilecedores y perniciosos para el hombre, como que *fuieron el origen de toda perdicion* (1).

No obstante algunos sofistas, como el autor de la *Sensatez*, y Rousseau en su *Emilio*, han hecho á la revelacion, á la fe y á la esperanza en la otra vida, hijas del orgullo. Difícilmente podrán persuadirnos que los deistas, los ateos é incrédulos son los mas humildes de los hombres. Creemos, sí, que ellos desearian tener este orgullo, pero el estado de su conciencia no se lo permite. Mas les valiera á estos críticos ser mas diestros. Si hubieran sido mas sóbrios de calumnias no las habrían acumulado contradictorias, y no habrían descubierto á las claras su flanco. Diciéndonos unas veces que la fe es cualidad de espíritus abyectos y débiles, y otras de espíritus orgullosos; unas veces que humilla al hombre, y otras que le ensoberbece: ¿qué concepto quieren que formemos de ellos? Sí, Rousseau, «la malignidad es ciega, «y la pasión no ratiocina (2),» y por eso os perdeis en contradicciones.

Este corifeo de los deistas, á quien si pudiéramos creer hallaba delicias en verse oprimido por la fe, como protesta, dirigiéndose á Dios, sentó sin pensarlo una gran verdad al decirle: «Señor, el uso mas digno de mi corazón es anonadarse en vuestra presencia (3).» Mas, preciso es confesar que no tardó en arrepentirse de su franqueza, diciendo poco despues: «que sujetar la razón es agraviar á su autor (4).»

(1) «In ipsa enim initium sumpsit omnis perditio.» (Tob. iv, 14).

(2) *Emilio*.

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*

No obstante, mas adelante afirma, «que sin la fe no existe «ninguna verdadera virtud (1).» Fácilmente conciliaríamos á Rousseau consigo mismo si le distinguiéramos en Rousseau *sincero y distraído*, y Rousseau hipócrita y que se acuerda de su papel. Es como el mar. En calma deja á las embarcaciones hacer su travesía con regularidad: embravecido todo lo desorganiza y arrolla.

No es, pues, extraño que sea tan preferentemente grata á los ojos de Dios una virtud que presupone en nosotros lo mas elevado y sublime que hay sobre la tierra; que nos asegura una posesion tan preciosa, y por la que confesamos y conocemos cuanto existe en los cielos.

La presencia de la fe supone tambien en el creyente una conciencia pura, ó cuando menos una marcada inclinacion á la virtud, y por esto es tambien grata á Dios, al paso que la falta de ella supone en el incrédulo un corazón corrompido: niega porque le interesa negar (2). Por eso el mismo Bayle, patriarca del moderno Filosofismo, impugnando la calumnia que atribuye el origen de la creencia de Dios al temor (3), decia: «Por el contrario, el temor y solo el temor «de sus castigos es el que hace que algunos traten de persuadirse que no hay Dios (4).»

Así que, podemos decir que la corrupcion, el orgullo y el deseo de distinguirse son el foco comun de la incredulidad. «Vosotros, decia Clemente de Alejandría á los gentiles, «vosotros sois incrédulos consiguientes con vuestra conducta y vuestra vida: creéis á vuestros simulacros porque os «proponéis goces y deleites, y no creéis en Dios porque no «queréis vivir arregladamente: de ahí es que odiais lo mejor y mas hermoso, y honrais lo mas vil (5).»

«El libertinaje del entendimiento, dice Nonnotte (que los «conocia bien), y el del corazón, son los dos poderosos resortes que mueven las plumas, las lenguas, y todas las «operaciones de tales libertinos (6).» Y mas adelante (7):

(1) *Emilio*.

(2) «Noluit intelligere, ut bene ageret.» (Psalm. xxxv).

(3) «Primus in orbe Deos fecit timor.»

(4) *Pens. div.* tomo 2, citado por Feller, *Catecismo Mosáico*, tomo 1, pág. 232.

(5) *Cohortatio ad gentes*.

(6) *Diccionario Mosáico*, prefacio.

(7) *Ibid.* artículo *Cristianismo*.